



George Klosko, *The Transformation of American Liberalism*, Oxford University Press, Oxford, 2017. 262 páginas. ISBN: 9780199973415.

Este volumen versa sobre la evolución del Estado del bienestar, sobre las ideas que forman la base del apoyo popular a los programas sociales, y sobre la perspectiva individualista de la sociedad que domina en Estados Unidos. El fundamento teórico de esta filosofía tan ampliamente extendida en Norteamérica proviene del pensador británico John Locke (1632-1704), que en su obra *Second Treatise of Civil Government* (1689) [*Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil*] ofrece una visión del desarrollo social centrada en la propiedad privada y los derechos individuales. Para George Klosko¹, han cambiado relativamente poco las ideas que cimientan el Estado del bienestar en EE. UU., mucho más individualistas y menos favorables a las ayudas sociales que en otros países de Occidente.

Klosko ofrece una crítica del limitado desarrollo del Estado del bienestar estadounidense y examina argumentos favorables a la sanidad pública, buscando un fundamento teórico aceptable para su país. Sus argumentos se construyen desde una perspectiva de *path dependency* en cuanto a que las decisiones que se toman en un momento dado influyen en las posteriores, y pueden cerrar puertas o bien determinar el camino a seguir en el futuro. Este libro indaga en las raíces de los grandes programas asistenciales tanto en EE. UU. como en Gran Bretaña para identificar los argumentos que se usaron para extender el Estado social. Ambos países, sostiene el autor, se asemejaban en su cultura política a principios del siglo diecinueve, pero desde entonces han evolucionado de forma distinta, sobre todo en el desarrollo del sistema sanitario. Todo esto, claro está, tiene mucho que ver con los tiempos actuales y con el gran proyecto del presidente Donald Trump de eliminar la sanidad (cuasi-) universal que recientemente se instituyó en EE. UU.

Con un toque suave, Klosko busca defender la sanidad pública desde una teoría política construida sobre ideas ya aceptadas en la sociedad americana, superando el individualismo por medio de argumentos a favor de una idea de la comunidad como entidad que beneficia a todos los ciudadanos. Este repaso histórico ofrece una vista de pájaro de cómo se han desarrollado programas tales como el sistema de seguridad social (que en EE. UU. cubre la pensión de jubilación solamente), y el sistema sanitario (aquí centrado en los dos principales programas públicos, *Medicare* para mayores de 65 años y *Medicaid* para los que tienen ingresos inferiores a determinado umbral). Sostiene que los argumentos a favor de servicios públicos siempre se han

¹ George Klosko ostenta una Cátedra de Políticas en la Universidad de Virginia, EE. UU. Ha publicado un gran número de artículos y libros en los campos de la teoría política, las teorías normativas y la historia del pensamiento político. Sus trabajos incluyen obras sobre filósofos de la antigüedad como Platón y Aristóteles, junto con diversas obras que tratan temas de las democracias liberales actuales y pensadores como John Rawls. Recibió un importante premio en 2007 por el mejor libro reciente en teoría liberal democrática, por su obra *Political Obligations* (Oxford University Press, Oxford, 2005).

basado en una filosofía individualista que conlleva graves problemas a la hora de conseguir apoyo político para programas asistenciales.

Centrada en defender los derechos “negativos”, aquellos que protegen al ciudadano de cualquier intrusión de sus libertades, la ampliamente extendida concepción lockeana del individuo autosuficiente se ha podido complementar con algunas aportaciones teóricas de lo que se llegó a denominar Nuevo Liberalismo, a principios del siglo veinte (y que nada tiene que ver con el neoliberalismo actual). Estas ideas británicas influyeron en algunos pensadores al otro lado del océano Atlántico, debido al crack financiero de 1929 y los largos años de crisis económica. Así, en tiempos del *New Deal*, bajo el presidente Franklin Delano Roosevelt (1882-1945), la percepción más extendida del Estado del bienestar llegó a incluir el derecho a una vida digna, que por aquél entonces se entendía sobre todo como referido a no padecer hambre. Según Klosko este derecho positivo, en la medida en que requiere un esfuerzo por parte del Estado, que ha de imponer algún tipo de impuesto para que haya medios para dar de comer a los hambrientos, tiene un sostén frágil en la sociedad estadounidense. A largo plazo este tipo de programas sólo mantienen apoyo social en EE. UU. si incluyen requisitos que demuestren que el receptor sea una persona merecedora de este cuidado, alguien que ha hecho grandes esfuerzos por ayudarse a sí mismo. La visión clásica del Estado en la América más tradicional ha mantenido este rasero, y cualquier programa social que intente ir más allá experimentará unas fuertes críticas por parte de los conservadores al representar un Estado “Santa Claus”, que regala cosas.

El autor es crítico con respecto al principal fundador del Estado del bienestar en EE. UU., el presidente Roosevelt, por no buscar una justificación más acorde con una visión de la comunidad como elemento fundamental para un país. La pensión de jubilación nacional que estableció Roosevelt se presentó como una contribución individual a un fondo común, que pagaría al ciudadano una jubilación en relación directa con las aportaciones que había hecho al fondo de pensiones del Estado. A pesar de no funcionar exactamente así, se sigue argumentando que tal es su base para no perder apoyo popular. Algo parecido pasa con el sistema de sanidad pública para jubilados, *Medicare*. Se argumenta que los mayores reciben ayuda sanitaria por el hecho de que han contribuido al sistema con sus cuotas durante toda una vida laboral. Aunque en realidad, el sistema ofrece todo tipo de cuidados para jubilados, que no se restringen a las contribuciones concretas al sistema durante la vida laboral de cada uno. Klosko sostiene que los intentos por poner fin al sistema de sanidad pública universal que instituyó el presidente Obama pueden llevar a un resultado realmente destructivo por el hecho de que buena parte de los ancianos no apoyan la sanidad universal, ya que tienen sanidad pública por medio del programa *Medicare*. Así un importante segmento de la población ve la sanidad pública universal como un detrimento a los recursos de programas que ofrecen servicios a mayores de 65 años. Por otra parte, el sistema de ayuda sanitaria a personas con recursos inferiores a cierto umbral, o *Medicaid*, a veces es percibido como un programa que regala algo a la gente que menos ha contribuido al sistema.

Buena parte de los conservadores se han mantenido fieles a la visión del filósofo y economista Adam Smith (1723-1790): el Estado sólo debe preocuparse de la ley y del orden, de proteger las fronteras nacionales y de fomentar obras públicas. Así, los teóricos políticos más conservadores generalmente no tratan en profundidad cuestiones de justicia social o equidad en EE. UU., salvo lo que denominan la igual-

dad de oportunidades. El autor responsabiliza a los líderes nacionales de no haber sabido ofrecer razonamientos a favor de programas de ayuda social, permitiendo que la defensa del individualismo sea el tema dominante en la política de EE. UU. Klosko hace esfuerzos por presentar argumentos contrarios a la política económica de *laissez-faire*. Pero reconoce que incluso la protección de derechos laborales no ha sido una tarea fácil: la legislación pertinente sufrió graves retrocesos a finales del siglo diecinueve por el hecho de que las decisiones del Tribunal Supremo se decantaban generalmente hacia la libertad de contratos. Según esta visión, el Estado no debía inmiscuirse en cuestiones privadas como las relaciones entre trabajadores y patronos; y en aquellos años los jueces actuarían para bloquear intentos por legislar al respecto. Una postura judicial contraria a los derechos laborales se mantuvo hasta que el presidente Roosevelt amenazó al Tribunal Supremo en 1937 con aumentar el número de jueces hasta que él tuviese una mayoría favorable.

Uno de los retos de una sociedad poco homogénea como la de EE. UU. es que los sentimientos de unidad nacional pueden ser frágiles y fácilmente trastocados por las múltiples divisiones raciales, sociales y culturales. Estas cuestiones tienen diversas explicaciones sociológicas y políticas en las que no entra a fondo este volumen. De lo que sí habla extensamente es de que la visión individualista de la sociedad requiere una base filosófica que concibe al individuo como poseedor de derechos naturales, preexistentes, anteriores a la sociedad, y que principalmente se conciben como derechos de propiedad y libertad. Así el mayor bien sería el de que cada uno desarrolle sus capacidades individuales. Esta concepción fue criticada en los escritos de dos pensadores fundacionales del Nuevo Liberalismo británico, T. H. Green (1836-1882) y L. T. Hobhouse (1864-1929), que ofrecieron una perspectiva más social. Klosko examina el pensamiento de Green y Hobhouse en el segundo capítulo, dado que Gran Bretaña sería el país que más se asemejaba al pensamiento político de EE. UU.² En el capítulo cuarto se detalla el desarrollo de los fundamentos del Estado del bienestar británico de la mano del Partido Liberal y del Laborista, gracias sobre todo al influyente William Beveridge (1879-1963), con sus múltiples trabajos que culminaron en el popular informe sobre *Seguro social y servicios afines* (1942). Analizando la pobreza que existía en la sociedad británica, propuso entre otras soluciones la institución de una sanidad pública nacional.

Pasando otra vez a EE. UU., el eje central del libro detalla como el presidente Roosevelt expandió el Estado del bienestar basándose en valores netamente “americanos” (p. 109), entre los que él incluyó el derecho a la prosperidad. Su enfoque individualista, pero de objetivos sociales, consiguió que el país aceptara esta nueva fórmula, apoyando sus programas asistenciales a pesar de la oposición feroz de la clase alta, que hizo todo lo posible por echar abajo estas iniciativas (pp. 135-136). Lo que no logró Roosevelt fue incorporar una visión social de la comunidad, algo que recibiría su expresión más influyente de la mano de John Rawls (1921-2002) y su *Teoría de la justicia* de 1971.

Los ocho capítulos de este volumen, junto con la introducción y conclusión, ofrecen una exposición clara, elegante e inteligente sobre la cuestión del Estado del bienestar en los países anglosajones. Para Klosko, el principal fallo en el desarrollo del pensamiento social americano es el de mantener un individualismo que potencia

² El tercer capítulo examina la era progresista, el evangelio social y algunos pensadores que avanzaron la concepción social de la comunidad en EE. UU.

derechos “negativos” o libertades que eviten que otros nos estorben, sin dar fundamentos teóricos a derechos “positivos” como sería el derecho a recibir ayudas sociales. Si la comunidad se concibe sólo como un conjunto de individuos, sin ninguna contribución social, sin apoyo mutuo, entonces cualquier ayuda del Estado se puede percibir como una forma de quitar recursos a los que se los han ganado a pulso para dárselos a aquellos que menos se lo merecen. Evidentemente, este tipo de filosofía política es nocivo para la cohesión social, contrario a la justicia para los menos privilegiados, e insuficiente a la hora de construir un Estado con relaciones humanas más profundas y provechosas que las del Lejano Oeste. Este país se diferencia del resto de Occidente debido a que la opinión pública se mantiene relativamente contraria a los programas sociales y las ayudas a las clases más necesitadas. Un factor que influye en esta diferencia, según Klosko, es la estructura federal del país, que mantiene una dispersión del poder. Hasta cierto punto discrepamos aquí con el autor, pues este argumento no explica gran cosa en términos comparativos, dado que otros países federales como Alemania o Canadá mantienen un Estado del bienestar mucho más extenso. Probablemente sea de mayor capacidad explicativa el hecho de que no haya una clase trabajadora homogénea, ni sindicatos poderosos en relación con los de otros países desarrollados.

Aunque este autor analiza varios de los programas federales del Estado del bienestar, por cuestiones de espacio nos hemos centrado en resumir aquí los programas más conocidos. Las dificultades que tuvo el presidente Harry Truman (1884-1972) por conseguir apoyo para una sanidad universal llevaron a diseñar una cobertura bajo la fórmula de un seguro sanitario. Uno de los principales esfuerzos por resolver este tema fue la guerra contra la pobreza del presidente Lyndon Johnson (1908-1973). Éste intentó alejarse de la distinción entre los que trabajan y los que reciben algo gratuito del Estado, centrándose en la igualdad de oportunidades para todos (p. 152). El intento fallido del presidente Bill Clinton por ofrecer cobertura sanitaria universal y el éxito del programa de sanidad del presidente Barack Obama que ahora se ve amenazado por el actual presidente, Donald Trump, muestran las tremendas dificultades en convencer a la población norteamericana del valor de extender el Estado del bienestar. Esta cuestión requiere una discusión nacional, pero sin los fundamentos teóricos necesarios puede acabar cayendo en un debate político sobre lo que es más eficiente, lo cual en EE. UU. suele llevar al terreno de los méritos del sistema sanitario privado. A principios de la presidencia de Obama más de 45 millones de personas en EE. UU. permanecían sin seguro sanitario. Para el autor el principal problema en mejorar esta situación radica en un discurso político centrado en el interés propio de cada ciudadano (p. 247), en lugar de buscar argumentos a favor del bien común. En eso tiene toda la razón. El reto que surge es el de construir un Estado de bienestar acorde con los ideales de los ciudadanos, y que a su vez extienda el interés por crear un sistema que beneficie no sólo a los que más han contribuido económicamente, sino también a aquellos que más lo necesitan para que puedan llegar también a la participación plena en la sociedad.

Daniel Blanch
Suffolk University, Campus Madrid (España)
dblanch@suffolk.es